

## NOTAS SOBRE LA OBRA CIENTÍFICA DE COSERIU (3)

JOSÉ POLO  
(Universidad Autónoma de Madrid)

### II ARQUITECTURA DE LA LENGUA

---

#### 2: paréntesis que desembocará en Coseriu (1)

0

En la entrega anterior, II-1, presenté, entre otras cosas, lo relativo a la visión terminológica de lo que vengo llamando «la cuádruple perspectiva del lenguaje»: ESPACIO, TIEMPO, NIVEL SOCIOLINGÜÍSTICO y ESTILO. Allí se mencionó a Saussure, a Flydal y, naturalmente, a Coseriu, con el tránsito, en este último, del par *sinfático/diafático* a *sinfásico/diafásico*, etc. Pues bien: en la entrega de ahora, II-2, voy a comenzar a ocuparme de los aspectos historiográficos de la susodichas «coordenadas del lenguaje», especialmente del *eje diastrático*; lo atinente al *eje diafásico* atraerá sobre todo nuestra atención más avanzado el trabajo, cuando haya que comentar algunos de los juicios que sobre tal coordenada se han emitido. Se trata casi siempre de ideas que han existido desde tiempos remotos, pero que, en un momento dado, alguien amplía, reestructura/reinterpreta, perfecciona... Es el caso de nuestro autor, Eugenio Coseriu. A manera de recordatorio de la presencia prácticamente continua de atisbos, o algo más, de esa naturaleza, traeré a colación varios testimonios, cronológicamente diferenciados, en torno a hechos de «arquitectura del lenguaje». En realidad, lo que voy a hacer es, realizando una cala, reajustar, completar, etc., adaptándolas al contexto de ahora, pistas y datos presentes mayormente en trabajos de Albert Dauzat (1877-1955), Coseriu, Manuel Alvar y también en rutas exploradas directamente por mí (en momentos científicos diversos: 1971-1976 y 1993 fundamentalmente), fuentes todas ellas que, si ya no se explicitan a lo largo de esta parte, II-2, quedarán con sus inequívocas señas de identidad en la próxima entrega.

En 1915 se publica en Madrid (Imprenta Clásica Española), en edición póstuma, el librito de Antonio SÁNCHEZ MOGUEL (1838-1913) *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús. Juicio comparativo de sus escritos con los de San Juan de la Cruz y otros clásicos de su época*. No hay que recordarle al lector la importancia de nuestra escritora (1515-1582), aunque solo fuera por lo tocante al consabido, por no decir tópico, hecho de la espontaneidad de su lenguaje, de lo popular, etc., y de sus interpretaciones posibles. Diversos estudios (que recojo en trabajo publicado en *Bulletin Hispanique*, 94-2/1992, págs. 603-618) muestran las repercusiones de tan palpable y, a la vez, polisémica, realidad lingüística. Pero ahora simplemente me interesa, como ya insinué, presentar un espécimen que nos sirva de eslabón en la cala cronológica en torno a niveles y estilos dentro del lenguaje. Cumplen muy bien este propósito las siguientes palabras del mencionado Sánchez Moguel (cap. III, «Epistolario teresiano. Conclusión», págs. 145-146 la cita; puntuación y cursiva, del original):

El lenguaje y el estilo, iguales son en todas ellas [las cartas]. En este concepto, leída una, quedan leídas las demás. Ni la diversidad de asuntos, ni la categoría de las personas, alteran lo más mínimo esta igualdad sorprendente. Lo mismo escribía nuestra Santa al Rey Felipe II, al Arzobispo Don Antonio de Braganza o la Duquesa de Alba, que a sus parientes o sus hijas. Donosamente se burlaba de los formularios y rituales empleados en las cartas. He aquí lo que, a propósito de esto[,] escribía en el libro de las Grandezas del Señor. «*Aun para títulos de Cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea como se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner Manífico, hase de poner Ilustre* [nota 54: «Carta núm. 301»; véase, sin embargo, enseguida **1a**].» Ponia tan poco cuidado en lo que escribía, que a su queridísima María de San José decía: «*vuestra merced no tome el trabajo en tornar a leer (las cartas) que me escribe. Yo jamás lo hago. Si faltaren letras, póngalas allá, que así haré yo acá a las suyas, que luego se entiende lo que quiere decir, que es perdido tiempo sin propósito* [nota 55: «Vida, cap. XXXVI»; véase, no obstante, **1b**].»

### 1a

Conviene rectificar los datos de procedencia de esas dos citas y establecer, además, un mínimo cotejo textual (no entro, desde luego, en la cuestión de si las formulaciones de S. Moguel son defendibles o no directamente). El texto de la primera cita no proviene de la carta número 301, sino del cap. XXXVII del *Libro de la vida*. Para este pasaje, he aquí el texto que dan FR. EFRÉN DE LA MADRE DE

DIOS y FR. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, ambos de la O.C.D., en el t. I, 1951, §10, pág. 844, de la edición de la *BAC*/Madrid: «Aun si se pudieran deprender [algo antedicho] de una vez, pasara; mas aun para títulos [omito la nota 6] de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer —a manera de decir—, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico, se ha de poner ilustre». En la edición de Dámaso CHICHARRO (Ediciones Cátedra, Madrid, 1979), §10, pág. 442: «Aun si se pudiera deprender de una vez, pasará; mas aun para títulos de cartas es menester haya catedra [nota 31] adonde se lea cómo se ha de hacer —a manera de decir—, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner Manífico, hase de poner Ilustre [nota 32]». En la nota 31 nos aclara el editor que la Santa escribe *catedra*, palabra llana en esa época, y que *leer* significa aquí ‘aprender, estudiar’; en la 32 nos advierte muy oportunamente de lo siguiente: «El padre Silverio [de Santa Teresa, autor de la primera edición seria de las O.C. de nuestra escritora —Burgos, 1914-1924—, según nos informa D. Chicharro en la pág. 93] recuerda que en cuestión de tratamientos habíase llegado a tal extremo de exageración, que Felipe II hubo de regular, mediante la Pragmática de 8 de octubre de 1586, estos formulismos».

### 1b

Los datos de procedencia de la segunda cita de S. Moguel tampoco son correctos: no pertenece el texto a «*Vida*, cap. xxxvi» (con ligera variación serían los del primero: véase atrás *1a*), sino a carta a su hermano Lorenzo de Cepeda (no «a su queridísima María de San José») del 17 de enero de 1577; registrada como **77-1k (171)** en el t. III, 1959, págs. 310-314 (312-313 el fragmento citado, del §16) en la mencionada edición de la *BAC* (ahora a cargo de FR. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., y FR. OTGER STEGGINK, O. Carm.). Cito de aquí dicho pasaje, pero dando todo el §16 como imprescindible contexto: «No sé si he respondido a todo; que siempre torno otra vez a su leer su carta, que no es poco tener tiempo y ahora no sino a remiendos la he tornado a leer. Ni vuestra merced tome ese trabajo en tornar a leer las que me escribe. Yo jamás lo hago. Si faltaren letras póngalas allá, que así haré yo acá a las tuyas [omito nota *g*] —que luego se entiende lo que quiero decir—, que es perdido [omito nota *h*] tiempo sin propósito».

### 2

Dice Juan M. LOPE BLANCH, en «La lingüística española del siglo de oro» (refundición de sendos escritos de 1979 y 1986 —oralmente, este último, 1983—, recogido en su libro *Estudios de historia lingüística hispánica*, Arco-Libros, Madrid, 1990, págs. 5-50, 14 la cita y 17 para el texto de C. interpolado por mí):

Por otro lado, la perspicacia de Correas [¿1571?-1631], su profunda penetración analítica, le permitió advertir con nitidez la enorme complejidad de todo sistema lingüístico, rico mosaico de hablas dialectales y sociales, de estilos diferentes y de modalidades generacionales, con lo cual se anticipó en más de tres siglos a la sociolingüística de nuestro tiempo. Justamente famoso se va haciendo ya el pasaje de su *Arte* en que enumera las diversas fuerzas que intervienen en la complicada vida de la lengua: «Ase de advertir que una lengua tiene algunas diferencias, fuera de dialectos particulares de provincias, conforme a las edades, calidades, i estados de sus naturales, de rusticos, de vulgo, de zitudad, de la xente mas granada, i de la corte, del istoriador, del anziano, i predicador, i aun de la menor edad, de muxeres, i varones: i que todas estas abraza la lengua universal debaxo de su propiedad, niervo i frase ]: i a cada uno le está bien su lenguaxe, i al cortesano no le está mal escoxer lo que parece mexor a su propósito como en el traxe: mas no por eso se a de entender que su estilo particular es toda la lengua entera, i xeneral, sino una parte, porque muchas cosas que él desecha, son mui buenas i elegantes para el istoriador, anziano, i predicador, i los otros]» (pág. 144 [en la clásica edición de Emilio Alarcos García: CSIC, Madrid, 1954; folio 62/r en la ed. original; cap. xvii]). En este denso párrafo están enumerados prácticamente todos los factores socioculturales —las «variables»— a que hoy atiende como fundamentales la sociolingüística: establece Correas, en primer lugar, la distinción entre *sistema* («la lengua universal») y *habla* («dialectos»); distingue después entre dialectos *horizontales* o geográficos («dialectos de provincias») y dialectos *verticales* o sociales, y dentro de estos últimos enumera sus principales clases: de un lado, habla *urbana* («de zitudad») y habla *rural* («de rusticos»); de otro, habla *culta* («de la xente mas granada») y habla *popular* («de vulgo»); de otro, habla *femenina* («de muxeres») y habla *masculina* («de varones»). Tampoco escapan a su análisis las hablas *generacionales*, incluyendo la lengua infantil («del anziano[...] y de la menor edad»), ni el habla *oratoria* («del predicador») ni otras modalidades diafásicas o estilísticas («del istoriador[...] i de la corte»). No son, obviamente, todas estas ideas simple aunque preliminar reelaboración de principios o doctrinas ya comunes en la época, sino fruto originalísimo de reflexión personal sobre los complejos recovecos del idioma.

## 2a

Luego se refiere el prof. Lope Blanch a un caso, notable, anterior al de Correas en estas lides de la visión múltiple del lenguaje: Fernão de Oliveira (1507-1581) en obra de 1536 (como sabemos, *Arte de la lengua española castellana* es de 1625). Para la adecuada exploración de esta zona es imprescindible el trabajo de Eugenio COSERIU «'Taal en functionaliteit'[así se titula una obra del autor objeto de homenaje] bei Fernão de Oliveira (1536)», en *Ut Videam: Contributions to an Understanding of Linguistics. For Pieter Werburg on the Occasion of His 70th Birthday* (editado por Werner Abraham), The Peter de Ridder Press, Lisse [Países Bajos], 1975, págs. 67-90; reimpresso, con todos sus elementos titularios en alemán —«Sprache und Funktionalität bei Fernão de Oliveira»— en la misma sede editorial, también 1975, 26 págs. (Publications in THE HISTORY OF LINGUISTICS/1); finalmente, traducido al portugués por Maria Christina de Motta Maia: *Lingua e funcionalidade em Fernão de Oliveira (1536)*,

coedición de Editora Universitária (Universidade Federal Fluminense; Coleção Linguagem/31), Niterói, y Presença, Rio de Janeiro, 1991, 48 págs. (el texto de Coseriu, entre la 15 y la 48; antes, diversas notas preliminares).

3

Entramos ahora en una ficha muy importante. Se trata de un trabajo que, en más de un investigador, he visto citado de manera fragmentaria, tanto que ni siquiera se da algunas veces el título de la obra (y no precisamente por resultar-nos familiar). No sin dificultades he podido tener acceso a ella: Paul PASSY [1859-1940], *Étude sur les changements phonétiques et leurs caractères généraux*: «Thèse pour le Doctorat présentée a la Faculté des Lettres de Paris [...]»; el autor, «Licencié ès-Lettres» y «Professeur de Langues Vivantes»; trabajo acabado el 17 de agosto de 1889, leído y aprobado el 10 de febrero de 1890, publicado en 1891 (Librairie Firmin-Didot, París) y «honoré du PRIS VOLNEY, par l'Institut (1892)». Para el propósito que anima la entrega de ahora, la parte esencial es la segunda de INTRODUCTION: «Origine des dialectes», §6-33, págs. 9-24. Esta sección es tan rica metodológicamente, que lo ideal sería reproducirla íntegra; me conformaré, sin embargo, con presentar algunos de los párrafos, los de carácter más general, no aquellos que fundamentalmente ilustran, ¡y con qué precisión y oportunidad!, las ideas sintéticamente enunciadas. En esta especie de antología mínima seguiré la ruta del original; los números que presidirán los textos citados corresponden, en este orden, al párrafo y a la página. Me centraré, tal como vengo haciendo hasta el momento, en lo relativo a niveles sociolingüísticos y estilos (aunque en alguna entrega futura, según anuncié en *θ*, analice este último eje desde la perspectiva coseriana) más que en los ejes diatópico y diacrónico. Finalmente, el relieve de negrita y cursiva pertenece al original; cuando se indica omisión de texto, entiéndase que es el de notas a pie de página: para no complicar en exceso la mecánica de estas citas y puesto que no se trata de estudiar el pensamiento de P. Passy, sino de mostrar, en líneas generales, su matizada conciencia de los hechos que componen nuestra «arquitectura del lenguaje». Entramos ya en esos expresivos y «clarividentes» textos decimonónicos tan cercanos a nuestras preocupaciones actuales (umbral del siglo XXI).

6/9

Avant d'aborder l'étude spéciale des changements phonétiques, il peut être utile de considérer un instant la question des changements linguistiques dans leur ensemble.

7/9-10

L'un des faits qui nous frappent le plus, si nous observons attentivement le langage des personnes qui nous entourent, c'est la variété infinie qui y règne, ce sont les différences, souvent très accusées, que nous remarquons dans le parler de chacune d'elles. L'uniformité n'existe pas plus dans le

langage que dans la nature: il serait aussi impossible de trouver deux personnes parlant de la même manière, que deux feuilles ou deux brins d'herbe pareils. Au sein de la même famille, parmi des enfants élevés ensemble, il y a des différences de prononciation et de phraséologie qu'on ne remarque pas d'ordinaire, mais qui frappent d'étonnement celui qui les observe d'un peu près. D'une famille à l'autre, d'une localité à l'autre, ces différences sont ordinairement plus accentuées, bien qu'on trouve aussi des ressemblances surprenantes.

#### 10/10-11

Si nous appelons **dialecte** une variété de langage différente de toutes les autres, nous pouvons donc poser en principe que *chaque individu parle un dialecte particulier, qu'il est seul au monde à parler* [...].

On pourrait même aller loin, car chacun de nous ne parle pas toujours de la même manière. Nous ne parlons pas de même dans une conversation familière et en public, dans un salon et dans une assemblée populaire. En outre, notre manière de parler se modifie avec l'âge. Il faudrait donc dire que chaque individu parle *plusieurs dialectes* selon les circonstances, voire même, pour être tout à fait rigoureux, *une infinité de dialectes*, dont pas un, cependant, n'est identique aux dialectes des autres individus.

#### 11/11

Mais le mot **dialecte** s'emploie d'ordinaire dans un sens un peu moins rigoureux, pour indiquer une forme de langage commune à un certain nombre d'individus qui n'éprouvent pas de difficulté à se comprendre, et qui ne sont pas frappés, choqués, des différences d'expression qui existent dans leur manière de s'exprimer.

Dans ce sens, le dialecte n'est, à proprement parler, qu'une abstraction, quelque chose d'imaginaire, une moyenne de langage; moyenne fictive que personne n'emploie exactement, mais dont chacun se rapproche instinctivement, en essayant, pour être compris, de se conformer autant que possible au parler de personnes de son entourage. Tant que les différences de langage entre les membres d'une communauté ne sont pas assez accentuées pour les gêner ou les choquer dans leurs rapports entre eux, on dit que le dialecte est *uniforme*.

#### 12/11

L'uniformité de dialecte, comprise de cette manière, prévaut au sein de toute communauté dont les membres communiquent entre eux librement et constamment. Si un membre s'avisait de parler autrement que ceux qui l'entourent — ce qui est fort peu probable, car il n'a appris à parler qu'en les imitant — il serait mal compris d'eux, ou tout au moins ridicule, et bientôt ramené à l'uniformité par la nécessité[...]. C'est ainsi que le dialecte d'un même village est presque toujours uniforme.

#### 19/16-17

Outre les *dialectes locaux*, il y a aussi les *dialectes sociaux*, c'est-à-dire les parlars employés, dans une même région, par diverses classes de la société. Ils se forment d'une manière analogue aux dialectes locaux; et plus les classes sont séparées entre elles, plus ils sont différents. Dans quelques pays, ils peuvent être absolument distincts: à Java, par exemple, le peuple parle «Malais», les hautes classes «Javanais» — deux langues

de même origine, mais néanmoins très différentes. A Paris on distingue aisément la *langue polie* de la *langue vulgaire*: comparez les expressions populaires: *je l'ai vu sur le journal, il me l'a marqué sur une lettre, c'est embêtant, il cause bien, sa dame et sa demoiselle*, et les expressions polies: *je l'ai lu dans le journal, il me l'a écrit dans une lettre, c'est ennuyeux, c'est un bon orateur, sa femme et sa fille*. Mais, comme pour les dialectes locaux, il n'y a pas de limite précise; il y a seulement une infinité de parlars voisins, plus ou moins polis ou plus ou moins vulgaires, allant du langage archaïque et en partie artificiel du Théâtre-Français au parler énergique et grossier des faubourgs. Chaque métier, chaque état, d'ailleurs, a son parler. Mais, vu l'instabilité de nos classes sociales, ces divers parlars ne peuvent jamais s'écarter beaucoup; même les formes extrêmes du parler poli et du parler vulgaire ne sont pas assez différents pour être inintelligibles [...]: un faubourien comprend en général la Comédie française, et quand il ne comprend pas, ce sont les idées qui l'arrêtent, au moins autant que le langage. Aux Etats-Unis [Nord et Ouest] [el corchete que precede es del original], où les classes sont beaucoup plus mélangées encore que chez nous, la différence même entre le parler poli et le parler vulgaire est minime.

20/17-19

Enfin, il y a lieu de considérer les *dialectes occasionnels*, c'est-à-dire les différentes manières de parler des mêmes personnes selon les circonstances. Car, ainsi que nous l'avons déjà remarqué, nous ne parlons pas toujours de même: selon que nous causons amicalement ou que nous discutons, que nous faisons un récit ou une démonstration, que nous parlons devant des amis ou des étrangers, devant quelques personnes ou devant un public nombreux, notre prononciation, notre manière de nous exprimer changent. La même personne qui disait dans une conversation familière: *Quand tu s'ras quéqu'un...; i' n' savent pas c'qu' i' disent; mets ça su' la table; marché après eux; qu'est-ce qui est là?* » dira dans un discours: *«Quand il sera convaincu...; quelqu'un a dit...; ilz avaient compris; sur le point d'aboutir; marcher après eux; qui est-ce?»* [...]. Les différences, sans être bien marquées, peuvent être aussi grandes qu'entre deux dialectes locaux. Mais il est encore plus difficile de leur assigner des limites. La seule distinction qui puisse s'établir avec une certaine netteté toute relative, est celle du dialecte usuel ou familier et du dialecte littéraire. Le première est le langage naturel de la conversation; le second est, dans son ensemble, le langage familier d'une époque antérieure, mêlé de formes plus archaïques encore, de formes modernes, de formes empruntées à d'autres dialectes et de formes artificielles. Ordinairement, le dialecte familier et le dialecte littéraire sont très voisins l'un de l'autre. Ils s'influencent continuellement: des prononciations comme *slui-ci, quelq' chose*, souvent employées dans le langage familier au lieu de *suici, quèq' chose*, sont dues à l'influence des formes littéraires *celui-ci, quelque chose*. Ici la prononciation littéraire dérive de l'orthographe [...].

Mais il peut arriver que le dialecte littéraire soit tout à fait inintelligible pour ceux qui ne connaissent que le dialecte familier: c'est alors une *langue morte*, artificiellement conservée ou ressuscitée par l'usage littéraire. Tel est le cas du latin d'église, dialecte littéraire de l'Eglise catholique; du «slavon ecclésiastique» ou paléoslave, dialecte littéraire de l'Eglise russe; de l'hébreu, dialecte littéraire des rabbins; du sanskrit, dialecte littéraire des brahmes. Alors l'influence réciproque des deux dialectes est

beaucoup plus faible; mais elle n'est jamais nulle, comme le prouvent les emprunts faits par le français au latin d'église, et d'autre part la phraséologie particulière et la prononciation moderne de ce dernier dialecte.

21/19

On remarquera que ces différentes sortes de dialectes —locaux, sociaux, occasionnels— se confondent également entre eux. Le parler d'un ouvrier du faubourg Saint-Antoine, dans son atelier, peut être considéré comme un dialecte social —le dialecte vulgaire ou populaire— par rapport au parler d'un bourgeois de Paris, ou par rapport à celui d'un rôdeur de barrières. Mais c'est aussi un dialecte local, par rapport au parler d'un ouvrier de Belleville ou de Clichy placé dans les mêmes circonstances. Et, par rapport au parler de ce même ouvrier dans sa famille ou dans une réunion publique, c'est un dialecte occasionnel.

22/19

L'origine première de ces diverses sortes de dialectes ne peut résider que dans les différences moins marquées que nous avons déjà constatées entre les parlers des individus pris isolément. Lorsque ces individus ont entre eux des rapports très suivis, ces différences sont réduites à un minimum par l'influence de l'exemple et surtout par la nécessité de se faire comprendre. Au contraire, lorsque ces rapports sont rares ou difficiles, les différences se maintiennent, quelques-unes s'accroissent, il en naît d'autres, et enfin les dialectes deviennent tout à fait dissemblables.

23/19-20

Il est facile de comprendre comment les différences individuelles que nous avons observées peuvent donner naissance à des dialectes locaux. Nous avons vu, par exemple, que les deux expressions *je suis allé* et *j'ai été* sont employées à peu près exclusivement, l'une par certaines personnes, l'autre par l'autres. Tant que ces personnes font partie du même groupe social, toutes comprennent les deux locutions, quoique ne les employant pas. Mais que, dans un village, les personnes qui disent *je suis allé* soient en grande majorité, l'expression *j'ai été* tendra à tomber en désuétude; non pas que les personnes à qui elle est familière cessent nécessairement de l'employer; mais leurs enfants adopteront de préférence la manière de parler commune. Au bout d'une ou deux générations, si le village n'a pas de communications avec les villages voisins, tout le monde dira *je suis allé*. Que, pendant ce temps, le contraire ait eu lieu dans une autre localité, les habitants des deux endroits ne pourront plus se comprendre, du moins sans avoir recours à des explications.

Le même fait se produit pour la prononciation.

24/20

Puisque c'est dans les différences individuelles qu'il faut chercher l'origine des dialectes locaux et autres, nous sommes naturellement amenés à nous demander: d'où proviennent ces différences individuelles, et comment se fait-il que toutes les personnes qui ont «appris la même langue» ne la parlent pas de même?

Pour avoir la réponse à cette question, nous partirons d'une observation très simple, mais capitale. Les adultes changent très peu leur manière de parler, tandis que les enfants parlent souvent tout autrement que leurs parents. Il nous faut donc examiner la manière dont les enfants apprennent à parler leur langue maternelle [§25-33].



La obra de Rufino José Cuervo constituye, sin duda, una fuente inagotable de hechos directamente relacionados con nuestra «arquitectura del lenguaje»: lo popular/lo literario, lo antiguo/lo moderno, etc. Como no se trata —ya se ha dicho— de explorar, ni a fondo ni siquiera medianamente, este tipo de cuestiones en los mil lugares donde pueden hallarse y tampoco pretendo estudiar a nuestro filólogo universal desde este punto de vista, me limitaré a poner delante de los ojos un texto que no es «de primera línea», pero que lo dice todo... Vayamos a *Epistolario de Rufino José Cuervo* [1844-1911] y *Hugo Schuchardt* [1842-1927] (edición, introducción y notas de Dieter Bross: Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1968), pág. 190, carta de C. a Sch. de 23 de febrero de 1896 (segundo párrafo):

He tratado tan poco con los españoles, que no puedo decir nada a U. sobre la pronunciación de la *d* final. Me figuro que debe haber mucha variedad según las comarcas y *aun las clases sociales* [cursiva mía]. Por una parte *usté, Madrí* son comunísimos; por otra *madrileño, esos Madriles* no me parece nazcan de *Madriz* como *Cádiz* (*cadiceño* [uno de los varios gentilicios de ese topónimo]). Yo siempre me había figurado que esta última pronunciación, a lo menos exagerada, era propia del vulgo. Pero como digo a U., éstas son conjeturas, porque me falta experiencia de oído.

Interminable sería la lista de menciones a pasajes de trabajos de Cuervo en los que se opera simultáneamente con las diferencias geográficas, sociales y de estilo, aparte las propiamente históricas; igualmente larga sería la nómina de investigadores que, de un modo u otro, se han hecho eco de la fina capacidad perceptiva, y de interpretación, de nuestro humanista para con lo multifacético de los hechos del lenguaje. En este contexto no puedo, sin embargo, dejar de llamar la atención sobre el magistral estudio de Guillermo L. GUITARTE «El camino de Cuervo al español de América», en *Philologica hispaniensa in honorem Manuel Alvar*, Gredos, Madrid, I, 1983, págs. 243-318.

(continuará)